

EUROPA Y LOS EUROPEOS

(A propósito de un libro)

Europa y la integración europea es un tema de la mayor actualidad. Ha tenido remotos y próximos precursores en el campo de la filosofía y de la ciencia política, en la economía y en la estrategia militar. Son tantos los intereses en juego, de todo orden, que los más diversos aspectos han sido tratados. La pretendida y necesaria unidad europea es causa impulsora de tantos esfuerzos, y efecto también y resultado de éstos. Los hombres, los grupos y las naciones occidentales tienen mucho que decir a este respecto, y lo están diciendo. Todos. Sin exclusivismos odiosos ni condicionamientos humillantes que pretendan ser un reparto generoso de algunas migajas para algunos países, hechas esperar como limosna, a quienes tienen el «derecho» de estar presentes en la mesa de Europa a la que, por tantos títulos, pertenecen.

Mucho se ha escrito y escribe en estos últimos tiempos sobre Europa y los europeos. Mucho sobre la unidad de los pueblos occidentales de Europa. No siempre, ciertamente, sin prejuicios ni apasionamientos interesados, que más que fomentar esa convivencia social de los pueblos tienden a la desconfianza, que es lo más opuesto a lo que se pretende.

Ha llegado la hora de discutir menos y de realizar más. Acaso más precisamente la de que los hombres capaces de imaginar, de organizar y proyectar cedan el paso a los ejecutores. Las circunstancias continentales y mundiales imprimen a la empresa un carácter de urgencia. Se ha construido menos de lo que se ha proyectado. Siempre pasa así cuando se trata de crear. Se ha realizado ya mucho y la obra está en marcha. Hay que hacer obra conjunta y ponerla al abrigo de las crisis presentes y de las futuras.

En algún otro lugar hemos dicho que los pueblos, como los individuos, necesitan agruparse; que existe una «sociabilidad» natural de las naciones como existe entre los hombres. Porque al igual que el hombre «aislado» no existe, es una abstracción racionalista, lo mismo los pueblos aislados no pueden bastarse a sí mismos para la satisfacción de sus necesidades, y, por tanto, para poder vivir.

Richard Mayne, historiador, filósofo, diplomático, publicista y colaborador

asiduo en acreditados periódicos ingleses, franceses y estadounidenses, nos brinda en su libro *The europeans* (1) un profundo y documentado estudio de los orígenes de Europa y de las gentes que pueblan nuestro Continente.

¿Europa? ¿Los europeos? ¿Existe un pueblo al que pueda llamársele realmente europeo? Estos interrogantes con los que el autor empieza su libro no son la expresión de una actitud inicial y escéptica *a priori* —que, como todo escepticismo, es una actitud cómoda y una posición un tanto nihilista—, sino un punto de partida, de inquietud filosófica que obliga a quien se pregunta a buscar con rigor las contestaciones que aquieten esa curiosidad que es la tendencia natural del hombre al saber de las cosas.

Porque en el esquema complejo de la antigua entidad europea, cuyos contornos se sitúan en el horizonte de finales del siglo y sobre la cual se pretende hoy construir la unidad europea, hay varias «Europas»: la de los sueños y las utopías, la de los monopolios económicos, la «verde», la industrial, la monetaria, la política. De todas ellas se ha hablado y escrito mucho, y aún se va a seguir hablando y escribiendo durante años y acaso quinquenios. porque hablar y escribir es más fácil que realizar.

Sólo en Europa Occidental tenemos —dice Mayne— una veintena de países con media docena de sistemas políticos distintos; utilizan quince monedas nacionales; hablan un mínimo de once idiomas, con amplia variedad de dialectos y acentos locales; en varios países, las minorías culturales combaten por la independencia; en casi todos ellos, violentos manifestantes se han enfrentado al *statu quo*, con derramamientos de sangre en el Ulster, una babei lingüística en Suiza y Bélgica, inseguridad política en Italia y confusión monetaria en el Mercado Común. En definitiva, ¿«los europeos» poseen alguna identidad?

Hubo tiempos en los que acaso la respuesta hubiese sido sencilla: unidad religiosa, países agrícolas, campesinado, clases medias, el poder político, la aristocracia, todo ello formaba una pirámide sociopolítica coronada por la monarquía y sancionada por la Iglesia. Y hasta fines del siglo XVIII en que se inician cambios drásticos, Edmund Burke comentó casi diez años después de la Revolución francesa, que «en ninguna parte de Europa puede un ciudadano europeo ser totalmente un desterrado».

Pero son muchas las cosas que han cambiado y convulsionado radicalmente a los pueblos, y no es Europa una excepción; es más, escenario de dos grandes guerras verdaderamente mundiales desarrolladas en sus territorios en la primera mitad de este siglo, Europa ha visto desgarrarse su geografía po-

(1) RICHARD MAYNE: *The europeans*. Traduc. española *Los europeos ¿Quiénes somos?*, Plaza y Janés, Editores, Esplugas de Llobregat (Barcelona), 1974, 253 págs.

lítica, sentido fuertes influencias de otros Continentes y extendido sus «alianzas» en ansias de universalidad. Y es que los nacionalismos están desacreditados y la «sociabilidad de los pueblos», como la de los individuos, es un hecho que se impone como una necesidad: los pueblos como los hombres, necesitan cada día más una recíproca ayuda, sin la cual no podrían subsistir. Recientes acontecimientos internacionales (la «guerra del petróleo» y de las «materias primas»), hábilmente manejadas por pueblos pequeños, han puesto de manifiesto esta necesaria e imprescindible cooperación, de bueno o mal grado. La defensa e investigación, el desarrollo económico y cultural, la ayuda a los pueblos subdesarrollados, hace que las naciones-Estado, heredadas por los europeos del pasado, se sientan demasiado pequeñas para resultar eficaces por sí mismas. Y aunque sólo sea para reafirmar el control democrático sobre fuerzas que cada vez trascienden más y más la dimensión nacional, los Gobiernos se ven obligados a agruparse. Y si en el presente, un mundo unido está fuera de su alcance, y, en cualquier caso, puede que resultara prohibitivamente rígido, sin embargo, la delegación de parte de la soberanía nacional en favor de agrupaciones mayores es ciertamente posible. A escala limitada ya se ha iniciado.

Por lo que respecta a Europa, desde 1945, casi todas las naciones occidentales han aceptado —hasta hace poco— el código de buena conducta redactado por el Fondo Monetario Internacional. Desde 1947 han limitado su libertad en política comercial respetando el acuerdo general sobre aranceles y comercio. Desde 1949 han confiado su defensa propia al Pacto Atlántico, recientemente reafirmado, y como resultado de ello han disfrutado de una prosperidad única y de una paz relativa.

En la Europa Occidental, el proceso ha ido aún más lejos. Admitiendo que individualmente no son rivales para los gigantes mundiales, un grupo de países europeos se han comprometido a la unidad, empezando por derribar las barreras comerciales que los separaban, posibilitando con ello la libre circulación de productos, personas y dinero. Ahora intenta tratar sus economías —en tiempos aisladas— como un total único. A tales fines han creado la Comunidad Económica Europea, o «Mercado Común». Algunos creen que con el tiempo constituirá la base de unos Estados Unidos de Europa. Y aun cuando esta última denominación le parece al autor, por ahora, «altisonante y ambiguo término», si la Comunidad llegara, con el tiempo, a pasar de la economía a la política exterior y la defensa y, a la larga, a una federación e incluso una confederación, «constituye todavía una pregunta en el aire a la que en el futuro responderán los países miembros». Pero es indudable que en su meta es una «unión cada vez mayor»; y algunos temen que, contribuyendo a formarla, se hayan comprometido a un proceso que, por demasiado radical, no pueda detenerse.

Una vez más el recelo y desconfianza y el exagerado concepto de soberanía, que es, a nuestro juicio, el inconveniente mayor e insalvable (mientras no quieran hacer dejación de él) para una verdadera y auténtica unión entre los pueblos. No les importa a éstos ponerse de acuerdo en cosas de menor cuantía (transportes, comunicaciones postales, relaciones laborales, etc.), pero en otras de mayor interés, aun suscritas en Tratados internacionales, la ratificación se hace esperar y a veces nunca llega (ejemplo de esto es la falta de ratificación de los Tratados internacionales sobre los derechos humanos). Y es que —nos preguntamos nosotros— ¿acaso por la que llamamos «sociabilidad» entre los pueblos, pierden éstos algo de su ser específico y «enajenan» su soberanía? ¿Acaso la «sociabilidad natural» que lleva a los hombres a formar las agrupaciones y entes intermedios hasta la sociedad civil, «aliena» a éstos de su personalidad? En los hombres, como en las naciones, la asociación y la convivencia regulada no es sino un medio eficacísimo para su propio perfeccionamiento. Nada pierden con ello y ganan todo en la unión —que no es desaparición—, máxime cuando ésta es necesaria.

No obstante esas prudentes desconfianzas, reconoce el autor que una Europa unida puede tener la posibilidad de disfrutar de una mayor riqueza, mayor seguridad y mayor influencia mundial. «Si las naciones europeas permanecen divididas, cada una podría sólo conservar su "soberanía" formal, mientras su auténtica libertad de acción se esfumaría». Pero si una comunidad política ha de forjarse alguna vez en la Europa Occidental, para ello «hará falta algo más que discursos, tratados, reuniones intergubernamentales o libros exhortativos. La unión europea, en una confederación más o menos articulada, sólo puede producirse y durar si los propios europeos comparten un sentido de solidaridad, de lealtad común y de confianza mutua».

Pero si bien el «nacionalismo europeo», según lo predicaban ocasionalmente sobre todo algunos sectores franceses, es una causa perdida que pocas personas razonables querrían suscitar, hay cierta lógica en hacer un intento de discernir qué es lo que los europeos tienen en común, caso de que tengan algo.

Los distintos Gobiernos se comportan ya como si todos esos pueblos compartieran una cierta identidad mayor que la que potencialmente une a la Humanidad. ¿Tiene esto —se pregunta Richard Mayne— una base objetiva? ¿Posee Europa, dividida hace ya mucho tiempo, tanta unidad natural como alguna de sus distintas naciones? ¿Hay algo de cierto en la metáfora de que los europeos forman una familia? ¿Constituye el idioma una barrera permanente entre ellos? ¿Están los prejuicios nacionales demasiado enraizados para

morir? ¿Hay alguna realidad en el «carácter nacional»? ¿Son los «europeos» profesionales pregoneros del futuro? ¿Existe una auténtica «tradición europea», o se trata de otro de tantos «mitos consoladores europeos»?

A estos interrogantes, cuyas respuestas dependen de las decisiones que vayan a tomarse hoy y mañana —porque en ciertos aspectos los europeos tienen el futuro en sus manos—, intenta contestar el autor a través de este interesante libro, empezando por aquellas facetas que son tan viejas como las milenarias montañas.

En efecto, dedica Mayne un capítulo a hablar de la formación geológica de Europa en una formación lenta en la que los períodos de tiempo se cuentan por millones de años. Otro tanto hace respecto a la antropología, desde el *Homo erectus* al *Homo sapiens*, afirmando que los antepasados de los actuales europeos constituyen un total de treinta pueblos, y muchos más si se cuentan los subgrupos. La mayoría fueron asimilados, unos cuantos permanecieron más o menos distanciados como una aristocracia dirigente; algunos, sobre todo en siglos posteriores, fueron en gran medida repelidos.

Muy interesante es el capítulo «Guerra de Lenguas» en el que Richard Mayne, partiendo de que «casi todas las lenguas habladas hoy en Europa se derivan del "indoeuropeo"», dice que los filólogos contemporáneos se han esforzado por reconstruir una especie de «indoeuropeo», anotando, por ejemplo, palabras ya evolucionadas que poseen una similitud suficiente como para sugerir una raíz común. Fuera de la familia «indoeuropeo», está el grupo de lenguajes urofineses (representado por los actuales estonio, finlandés, lapón, magiar, ostiako, permio, vogul y fínico del Volga).

Pero derivados los idiomas actuales de esas dos grandes familias, sin embargo, no hay idioma que esté totalmente libre de palabras prestadas, ni tampoco puede identificarse totalmente con una sola nación ninguno de los principales idiomas europeos; los matrimonios dinásticos, las herencias, acuerdos diplomáticos, han contribuido a determinar las fronteras políticas europeas, y asimismo la dispersión de los pueblos europeos y el surgimiento de sus lenguas ancestrales forman el actual mapa lingüístico.

Recoge en este capítulo Richard Mayne las opiniones de destacados filólogos y psicólogos sociales que con vivos rasgos señalan la influencia del lenguaje en los distintos pueblos y aun en dialectos de una misma nación. De estos finos análisis (entre los que se detiene sobre el hecho por Salvador de Madariaga en *Bosquejo de Europa*) se deducen los contrastes y profundas diferencias lingüísticas entre los europeos.

Pero, no obstante esta diversidad geográfica, antropológica y lingüístico-psicológica, y «pese a las apariencias y el folklore, los europeos tienen mucho en común».

En el capítulo del libro *Una identidad europea*, el autor destaca esa unidad europea. Pero el problema —dice— es adquirir conciencia del hecho y actuar consecuentemente, sin tener que invocar sentimentales nostalgias ni el espectro de algún enemigo común.

Desde el punto de vista geológico, el Continente europeo —comprendidas las islas— son una unidad, pero una unidad que se mezcla imperceptiblemente con el Este asiático. Ni siquiera los Urales son ya una barrera; y *Mitteleuropa* es tanto una cuestión de territorio como de sociedad humana. Muchos de los problemas políticos del Continente se derivan del simple hecho geográfico: *les incertitudes allemandes* tienen su reflejo en el «expansionismo defensivo» de Rusia. El terror al Este y las repetidas invasiones desde él, han dejado profunda huella en el subconsciente colectivo occidental. Por eso, «una de las tareas de una Comunidad política Europea será, indudablemente, exorcizar parte de ese legado estableciendo, ya fronteras más firmes o, mejor, un *modus vivendi* que reduzca las suspicacias por ambas partes.

La actual *Ostpolitik* es, según el autor, «un estado mental necesario», y «ninguna nación puede vivir permanentemente dándole la espalda al muro de Berlín». Abierto al Este, el Continente europeo, desde hace mucho, ha estado, sin embargo, dirigido, por así decirlo, al Oeste, e incluso a Inglaterra. En tiempos prehistóricos e incluso clásicos, Inglaterra formaba parte de la región septentrional estando firmemente vinculada al Continente. Sólo más tarde acentuó la Historia su aislamiento y contribuyó a fomentar unos esquemas mentales insulares.

Por lo que se refiere a la antropología europea, sus orígenes últimos, incluso sus castas separadas, «resultan carentes de importancia junto al simple hecho de que las presuntas "razas europeas" forman una única familia interrelacionada, un vasto pueblo de primos casados entre sí... y los primos pueden pelear, como hicieron los europeos; pero los lemas de batalla, incluso en letra gótica y con doctas notas al pie de página, no tienen por qué tomarse como verdades eternas». Y lo mismo se aplica a los idiomas europeos.

Grecia y Roma son dos términos de indicación que señalan hacia generalizaciones de dudoso valor; sin embargo, ningún idioma ni ningún vocabulario europeo occidental está libre de su legado: «Polis», «política», «urbanidad», «democracia», «justicia»..., la influencia clásica es algo más que una cuestión lingüística. De sobra sabemos que la democracia griega era antidemocrática, y que la justicia romana era injusta; pero también sabemos que las hebras del significado que quedan en las palabras modernas y en los pensamientos y emociones que los acompañan, son comunes a todos nuestros países, en un sentido que en partes de Asia no lo son. El latín, sobre todo, nos ha dejado una herencia no sólo en el Derecho romano, sino también en los

valores romanos, cuyas palabras denominatorias, al menos, fueron aceptadas en Inglaterra con tanta presteza como en los demás lugares. Autoridad, constancia, disciplina, fe, humanidad, libertad y piedad tienen un anticuado timbre y, efectivamente, están anticuadas y las personas, grupos y pueblos pueden colocarlas en diferentes órdenes de preferencia; pero todos creemos comprender esos términos. También comprendemos la noción esencial de una comunidad universal, la *societas humani generis* de los estoicos Séneca y Cicerón.

Por otra parte, muchos de los católicos que abogan por una Europa unida hacen gran hincapié en la Edad Media como primer ejemplo del concepto. Pero esto «parece tan poco atractivo como veraz» —dice Mayne—, ya que si tanto el Papa como el Emperador tenían pretensiones universalistas, un examen histórico más detenido da a entender que ambos dedicaban la mayor parte de su tiempo a conseguir dar cierta consistencia a sus respectivas aseveraciones. «Golpe contra golpe, las eras de unidad imperial estuvieron tan cargadas de luchas como las del nacionalismo moderno hasta el actual siglo; y a las de fe papal les ocurrió otro tanto». En cuanto a las Cruzadas es indudable que «contribuyeron a fomentar el entendimiento de probidad y unidad de Europa; pero fue a costa de un comportamiento sumamente anticristiano y de una gran impopularidad entre quienes tuvieron que pagar la cuenta».

Lo cierto es que las diversas propuestas de «unidad europea» comenzaron a hacerse a partir del siglo XIV. Esencialmente, eran universales en ámbito. Europa era el Universo. En su tiempo, las iniciativas fueron tan fructuosas como los esfuerzos de las federaciones mundiales del siglo XX.

Sin embargo, el Renacimiento supuso una ruptura de la conciencia europea que tenían los pueblos de la cristiandad, y esta ruptura aún perdura. Nuestro gran humanista Luis Vives, que fue una de las figuras más descollantes del humanismo renacentista, fue un testigo de excepción de la crisis europea que él vivió desde el corazón de Europa y en contacto con las mentes más preclaras de aquellos días.

No obstante, el cosmopolitismo del siglo XVIII, como el de la actual Europa, quizá contribuyera a sentar precedentes de la «unidad europea». La fundación de los Estados Unidos de América del Norte fue algo que, sin duda alguna, ayudó. El propio George Washington previó unos «Estados Unidos de Europa», y lo hizo anticipándose mucho a Víctor Hugo (tildado por esto de «loco»); el concepto reapareció, de modo más notable, en un memorándum preparado en 1930 por Aristide Briand.

Pero hasta después de la segunda guerra mundial no se empezó a dar realidad a los preceptos idealistas que propugnaban una unidad europea. La

extensión del dominio comunista en Europa Oriental, y los medios brutales frecuentemente empleados para conseguirla, hicieron que la democracia occidental, pese a sus defectos, pareciese mucho más atractiva.

Por otra parte, la posible creación de entidades supranacionales que asuman una o más de las funciones que estaban atribuidas a los Estados constituidos sobre una nación, no es un capricho de ideologías y ni siquiera algo que se haya inventado para superar las rivalidades de los pueblos europeos y garantizar la paz. Sin duda este último —subraya recientemente Sánchez Agesta en su trabajo *La empresa de Europa*— fue uno de los objetivos iniciales de la genial iniciativa que Robert Schumann expuso en su famosa Declaración de 9 de mayo de 1950. Pero hay —sigue diciendo el autor citado— una razón más poderosa que habría que exponer con palabras de San Agustín, de Vico, de Hegel, de Tocqueville o de algún otro gran filósofo de la historia: un nivel de los tiempos, una exigencia de las condiciones presentes de la civilización occidental y, si se quiere, de la evolución del mundo. Se refiere, en primer lugar, Sánchez Agesta al hecho patente de que hoy «ninguna de las naciones europeas occidentales es capaz de satisfacer aislada sus necesidades de defensa. Hay, por consiguiente, necesidades que la nación-Estado del siglo XIX ya no puede atender. Y entre ellas está la importantísima de garantizar lo que era el signo mismo que definía una nación: esa independencia frente a una agresión exterior, que ha puesto siempre al rojo vivo el sentimiento de la patria como una motivación suficiente para sacrificar hasta la propia vida».

Queda, claro está, el juego de las alianzas, de equilibrios y tensiones mundiales entre los poderosos, que permiten un amplio campo de autonomía a las potencias menores, pero siempre con la posibilidad de entendimiento entre las superpotencias que imponen en último término su ley. Y ahí está el caso de Grecia, de Egipto, de Palestina o de Israel. Europa puede significar un espacio con cientos de millones de habitantes, con una industria y una tecnología desarrollada, capaz de garantizar esa independencia y de volver a tener una verdadera organización de la Humanidad al margen del equilibrio y las tensiones entre los poderosos.

Lo cierto es que los actuales y previsibles miembros del Mercado Común y de la «unidad europea», disfrutan de un grado de libertad de palabra y de elección política negado a sus vecinos orientales. Aquí tenemos —según Payne— «uno de los elementos inmediatos de la identidad europea occidental: democracia». Esto es lo que el autor llama el contraste con la Europa Oriental. No sobre una base humana ni cultural, y ni siquiera con un sentido de hostilidad, ya que existía y existe gran simpatía hacia los polacos, los checos y otras víctimas del poder soviético. Sin embargo, este contraste con la Europa Oriental «no es un argumento tajante para la unidad occidental», ya que

los días del «tira y afloja» y las tensiones bélicas contra la «agresión soviética» y como una fuerza de atracción para arrancar a Rusia los países «satélites», ya ha acabado.

Un segundo contraste, para Payne, es con Norteamérica, aunque «tampoco esto debe tomarse como un gesto hostil», ya que según van los instrumentos políticos democráticos, los Estados Unidos se asemejan a la mayor parte de la Europa Occidental. Pero «difieren en muchos matices evidentes». Uno (muy aireado por quienes plantean el caso económico de la unidad europea) es la riqueza norteamericana, puesto que según la mayoría de las escalas materiales, los norteamericanos son aproximadamente el doble de ricos que los europeos, y para alcanzar un nivel similar, poca duda cabe de que Europa debe unirse. Pero de igual importancia, una vez alcanzada la riqueza, es el uso que la sociedad haga de ella; y aquí parecen surgir significativas diferencias en cuanto a prioridades. Los Estados Unidos —siempre según el autor— invierten menos del 10 por 100 de su producto nacional bruto en seguridad social, mientras que todos los miembros presentes y previsibles del Mercado Común dedican el 11 y el 16 por 100, casi el doble. Este «es un contraste pasmoso, y parece reflejar un contraste en filosofía social».

Pero si Europa logra equipararse a la prosperidad norteamericana (sobre todo a su riqueza y prosperidad industrial), o al menos no irle tan a la zaga, muchos europeos esperan aprovecharse de los que consideran errores norteamericanos. Y caso de que no logren unirse, temen que su relativa pobreza los ponga a merced de los relativos avances económicos norteamericanos.

El tercero y último contraste, que es un elemento más que ayuda a definir la identidad de Europa, es, para Richard Mayne, el de la comparación y relaciones con los pobres del mundo, frente a los cuales la identidad europea «se afirmaría extendiendo a ellos la misma preocupación por la atención social que lenta y penosamente ha logrado ejercer a nivel doméstico».

Comparando este contraste con los dos anteriores, éstos se quedan en nada; todos esos países (los de la Europa Oriental y los Estados Unidos) «son plutócratas comparados con el hemisferio sur». ¿Acaso deben los europeos apartarse de la «introvertida» tarea de unirse a fin de concentrarse en programas de ayuda? Suponerlo —contesta el autor— es caer en la vieja trampa económica de que la redistribución puede sustituir a la creación de riqueza. Ambas son cosas necesarias, y Europa se encontrará en mejor posición, económica y políticamente, de ayudar donde se necesite ayuda, si sus diversas naciones unen fuerzas, porque estarían en disposición de mantener industrias de alto costo que contribuirían a fomentar el desarrollo, y porque un mayor mercado y una política común de expansión fomentada por la unidad europea, sería el primer paso hacia un comercio más libre y unos mercados mundiales más estables.

En este mismo sentido, Sánchez Agesta, en el trabajo citado, estima que «una cooperación en esfuerzos económicos, en colaboración científica, en transportes y comunicaciones, en invención y en cultura, en tecnología, en ayuda organizada a los pueblos en desarrollo, en progreso social; en suma, una cooperación para una sociedad más humana, a nivel de las necesidades que impone hoy al hombre la civilización contemporánea, contribuirán grandemente a esa idea de Europa, que no ha tenido (que no está teniendo) un camino fácil».

Ahora bien, los argumentos deducibles de estos tres contrastes esbozados por Payne son, esencialmente, algo del presente, como el argumento de la herencia común lo es del pasado, pero como la busca de una identidad europea es, en último extremo, la busca de un futuro europeo, ¿cuál es ese futuro que razonablemente puede pretender Europa?

Evidentemente, el primer elemento de la unidad europea es una Europa en paz. La guerra entre países europeos occidentales «parece ahora una posibilidad remota», aun cuando la división alemana y los conflictos con el Este son un peligro potencial. Por esta razón, una Comunidad política europea «tendría que proseguir un continuado diálogo con sus vecinos del Este, ya separada o colectivamente; y su propia cohesión extinguiría una fuente de posible conflicto en la propia Alemania».

En segundo lugar, con los Estados Unidos, Europa «intentaría establecer una identidad definida, pero no totalmente separada». Son demasiados los vínculos que unen estrechamente a los dos Continentes para que ninguno de ellos se convierta en la «tercera fuerza» (tan acariciada por los filósofos políticos gaullistas en Francia). Europa, con su reducida y pobladísima área, es demasiado vulnerable para forjar su propia defensa nuclear independiente. Pero «le sería muy ventajoso combinar sus fuerzas convencionales, y hablar con una sola voz en los campos monetarios y militares, como ya hace en el campo de la economía y el comercio».

La diplomacia europea tiene que llegar a la madurez. De otro modo, Europa nunca acabará por tener una «unidad» auténtica. Si la presidencia de los «nueve» es rotativa, su diplomacia debe ser permanente y mantenerse fuerte. Por otra parte, antes o después, los ministros europeos de la Defensa deberán celebrar reuniones periódicas, como las que efectúan los demás ministros (de Negocios Extranjeros, de Finanzas, de Agricultura, de Trabajo, de Educación o de Transportes, etc.).

Se empieza a admitir la idea de que los altos jefes militares de la Europa en proceso de unificación, que ya llevan a cabo encuentros bilaterales, puedan reunirse «a nueve» en presencia de los responsables de las respectivas políticas militares de defensa, o sea, los ministros de las Fuerzas Armadas, porque

cada vez con más frecuencia los problemas de la política extranjera reclaman opciones militares y recíprocamente, los de carácter defensivo exigen armonizaciones diplomáticas. Esto se deja sentir de modo especial en las recientes conversaciones a este respecto (como las M. B. F. R., de Viena, y las C. S. C. E., de Ginebra).

En tercer lugar, en sus relaciones con los países más pobres del mundo, la identidad europea se afirmaría extendiendo a ellos la misma preocupación por la atención social de que ya disfrutaban en el Continente, según recalca con verdadero énfasis el autor, tras la comparación con ese mismo nivel en Norteamérica.

En resumen: al Este, Europa debe mostrarle su firme y confiada paciencia; al Oeste, su sentido común y su moderación, y al Sur, su inteligente compasión. Una Europa así daría satisfacción a los intereses «humanos», que van desde la satisfacción de las necesidades de supervivencia hasta las más altas esferas de la cultura e incluso de la fe. Y, además —y esto es lo más importante—, sería una Europa en paz, la paz fundada en la justicia entre todos los hombres, como el ideal histórico de una humanidad cristiana, propugnada por los grandes humanistas cristianos.

Ahora bien, ¿comparten realmente los europeos esas cualidades? ¿No se trata de una imagen irreal de un grupo de avariciosos extranjeros, muy distintos a nosotros, naturalmente? La pregunta puede hacerla cualquier nación europea, en cualquier idioma. ¿Podemos nosotros (vosotros, ellos) confiar en ellos (vosotros, nosotros)?

Dícese —afirma recientemente el internacionalista Barcia Trelles— que la unión europea habrá de convertirse en una gran potencia, para el deseable desempeño de una tarea eficaz, en los asuntos mundiales. No le basta al viejo mundo la unión económica, comercial y monetaria. Precisa ser entidad política y lograr una visible coincidencia en el modo de articular los grandes problemas de política internacional, como las superpotencias (Estados Unidos y la U. R. S. S.). La demografía, el comercio y la industria de la Comunidad Europea, ampliada a nueve Estados, bien poco supondría, si no va aparejada a la unión política del viejo mundo.

Richard Mayne, filósofo y diplomático, no se limita en su libro a un fino análisis de los elementos histórico-doctrinales, de los «contrastes» y de sus problemas, sino que se muestra como agudo político hábil y consecuente al ofrecer respuestas concretas a tantos interrogantes como el problema de Europa y la unión europea plantean.

Por eso termina el libro con la «respuesta personal» que él, como testigo de excepción, puede dar. Su experiencia trabajando en pro y con el Mercado Común, para sus dirigentes y fundadores, junto a colegas de diversas nacio-

nalidades, y en todos sus países miembros, le llevan a la «firme creencia» de que, pese a todos los tópicos nacionales —algunos de ellos ciertos—, «nuestros vecinos europeos son tan diversos al mismo tiempo que son homogéneos como nosotros». Las diferencias dentro de cualquier pueblo son mucho mayores que las diferencias generales entre pueblos. Lo que en realidad nos diferencia no es tanto nuestros «caracteres nacionales» como el contexto social y económico que tan arraigado se halla en nuestro barro original. Y como en el actual mundo todos los países europeos se han reducido a un modesto tamaño en un modesto Continente, somos mucho más similares de lo que pensamos.

Y como la Conferencia en la Cumbre, de París, al signar lo que habrá de ser la Europa de los nueve, señala el año 1980 para que se convierta en realidad actuante la Unión Europea; esperemos que en estos cinco años se verá sometida a una prueba de comprensión, necesaria e irremplazable y obligada a poner a contribución una auténtica e inquebrantable buena voluntad.

EMILIO SERRANO VILLAFANE